

ARENDRT, H., (1971) "Thinking and Moral Considerations: A lecture" *Social Research*, 38, n.3: 417-446. traducido en ARENDRT, Hannah, *De la historia a la acción*, (intr. de Manuel Cruz), Barcelona, Paidós, ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1999: 108-137.

Montserrat Espinosa de los Monteros González

Este artículo fue publicado originalmente en otoño de 1971 como parte del número 38 de la revista *Social Research*, publicación periódica de la *New School for Social Research* a cuyo cuerpo docente se incorporó Arendt en 1968. En este mismo volumen *no temático*, se recogen textos de Paul Ricoeur, Adolph Lowe, Dolf Sternberger, Hans Morgenthau, Jürgen Habermas y Alasdair MacIntyre.

Thinking and Moral Considerations: A lecture es, todavía, un eco de las reflexiones suscitadas durante el proceso de Eichmann en Jerusalén. La *curiosa y absolutamente auténtica incapacidad de pensar* del teniente coronel nazi y su *extraordinaria superficialidad*, llevaron a la autora a preguntarse por la relación entre el mal y la facultad de pensar, más concretamente, si la ausencia de ésta podía ser causa de aquel y si por ella misma podría prevenirnos de cometerlo. En este mismo orden de ideas, se cuestiona si «Nuestra capacidad de juzgar, de distinguir lo bueno de lo malo, lo bello de lo feo, ¿depende de nuestra facultad de pensar? [Si] ¿Hay coincidencia entre la incapacidad de pensar y el fracaso desastroso de lo que comúnmente denominamos conciencia?»¹.

En la primera parte de este escrito, Arendt retoma la distinción kantiana entre razón e intelecto, y sus actividades propias: pensar y conocer². La primera la caracteriza como una *inclinación* o *necesidad* de encontrar sentido; la segunda como una *actividad constructora* que busca la verdad y es capaz de conocimiento cierto y verificable.

¹ ARENDRT, H., *De la historia a la acción*, 110.

² *Vernunft* y *Verstand* serían los términos utilizados por Kant para designar a la razón y al intelecto. En la versión en inglés del artículo, encontramos los verbos *To think* y *to know* para distinguir estas actividades.

La sed de conocimiento es opuesta, en cada punto, a la necesidad de pensar. Es evidente, además, que la utilización del cerebro como mera herramienta para categorizar y ordenar (tarea que lleva a cabo el intelecto) no apremia a todos por igual, sino a unos pocos «pensadores profesionales».

Arendt recoge algunas de las principales características del pensar:

- no deja nada tangible tras de sí, no “produce” algo que pueda ser medido por criterios de certeza o veracidad,
- no se limita a una materia específica, puede abarcar la totalidad de las experiencias humanas,
- sólo se satisface en el ejercicio mismo de la actividad,
- detiene toda actividad, interrumpe cualquier acción que estemos llevando a cabo; es como si nos abstrajéramos en un mundo paralelo, lejos del mundo de las apariencias,
- para pensar en algo es necesario que aquello en lo que pensamos esté ausente, «sólo está presente a la mente que, en virtud de la imaginación, lo puede hacer presente en forma de imagen»³, una re-presentación.

(Estas dos últimas notas dan cuenta del por qué en la historia de la filosofía, el pensar ha pasado como una huída de la vida en este mundo).

Después de la caracterización del pensar, Arendt resume tres proposiciones para replantear el problema acerca de la relación entre la capacidad de pensar -incapacidad en este caso- y el problema del mal:

Primera, si tal conexión existe, entonces la facultad de pensar, en tanto distinta de la sed de conocimiento, debe ser adscrita a todo el mundo y no puede ser un privilegio de unos pocos.

Segunda, si Kant está en lo cierto y la facultad del pensamiento siente una «natural aversión» a aceptar sus propios resultados como «sólidos axiomas», entonces no podemos esperar de la actividad de pensar ningún mandato o

³ ARENDT, H., *De la historia a la acción*, 115.

proposición moral, ningún código de conducta y, menos aún, una nueva y dogmática definición de lo que está bien y de lo que está mal.

Tercera, si es cierto que el pensar tiene que ver con lo invisible, se sigue de ahí que está fuera del orden porque normalmente nos movemos en un mundo de apariencias, donde la experiencia más radical de la des-aparición es la muerte⁴.

Estas tres proposiciones, a su vez, nos llevan a preguntarnos por la relevancia de la actividad que nos ocupa. Hasta este punto del texto, esta pregunta permanece sin respuesta; sin embargo, Arendt da una pista de dónde hemos de buscar: en la experiencia misma del pensar.

En orden a rastrear la respuesta sobre la relevancia del pensar, en la segunda parte del artículo, la autora busca ejemplificar esa experiencia y recurre para ello a Sócrates como modelo, a quien propone como el «tipo ideal» que pueda representar al hombre común que piensa sin convertirse por ello en filósofo.

Los diálogos socráticos se distinguen tanto por ser aporéticos (la argumentación discurre en círculos y no llegan a conclusión alguna) como por tratar conceptos cotidianos simples. En ellos se parte de alguna experiencia accesible a todos pero que se complica cuando se repara en el concepto que la designa y es que cualquier palabra, por muy simple, hace referencia a un círculo amplio de relaciones que el pensamiento “congela” en eso que llamamos concepto, cada palabra es pues una abreviatura de algo mucho más elaborado. El pensamiento, a través de la meditación reflexiva, debe *descongelar*, develar eso que está contenido en cada palabra y que constituye su sentido original.

El modo de proceder socrático permitía esto precisamente, la explicación de cómo sucedía puede hacerse mediante las figuras del tábano (insecto parecido a la mosca pero de mayor tamaño), la comadrona y el torpedo (pez popularmente conocido como raya).

⁴ ARENDT, H., *De la historia a la acción*, 117.

Como tábano, Sócrates *aguijoneaba* a sus interlocutores para contagiarles de sus “perplejidades”, no porque quisiera enseñar o demostrar algo, sino para que pensaran por sí mismos y «examinaran sus asuntos»⁵. La figura de la comadrona remite a una cierta esterilidad que se relaciona con lo recién expuesto: Sócrates no creía tener algo que enseñar; así como a su tarea de «librar a otros de sus pensamientos, esto es, de las implicaciones de sus opiniones»⁶ y de juzgar si el embarazo llegaría a buen término, dependiendo de las particularidades del producto. Finalmente, del torpedo se toma la capacidad de paralizar a los demás y es que el pensamiento tiene una capacidad destructiva pues puede poner en duda todo criterio, norma, regla, etc; esta falta de normas de conducta o criterios fijos para juzgar nos paraliza y puede llevarnos a suscribir cualquier tipo de reglas que nos devuelvan la seguridad, este peligro está sin duda contenido en el pensar pero no por ello estamos disculpados de hacerlo.

Como se ha recogido anteriormente, pensar es una búsqueda de sentido;

Sócrates llama a esta búsqueda de sentido *erós*, un tipo de amor que ante todo es una necesidad –desea lo que no tiene– [...] Puesto que la búsqueda es un tipo de amor y de deseo, los objetos de pensamiento sólo pueden ser cosas dignas de amor: la belleza, la sabiduría, la justicia, etc. La fealdad y el mal están excluidos por definición de la empresa del pensar...⁷

El mal, la fealdad, la injusticia sólo pueden ser pensados desde lo que son: deficiencias (de bien, de belleza y de justicia, respectivamente), propiamente *no son*. Es por esto que Sócrates creía que nadie hace el mal voluntariamente. No es esta la única complicación que plantea la concepción socrática: implica que sólo los que se sienten impelidos por este tipo de amor, son capaces de pensar; y ¿de qué depende que se sientan impelidos? de que posean esa naturaleza *superior*, el pensar en estas circunstancias no podría ser exigido a todos.

⁵ ARENDT, H., *De la historia a la acción*, 123.

⁶ ARENDT, H., *De la historia a la acción*, 124.

⁷ ARENDT, H., *De la historia a la acción*, 128.

Estas últimas reflexiones abren paso a la tercera parte del ensayo que habla sobre la conciencia moral (*conscience*) y la conciencia del mundo (*consciousness*). Arendt recoge dos frases socráticas presentes en el *Gorgias* e invita a considerar el carácter no aporético de este diálogo, así como el hecho de que, tanto en éste como en la República, Platón se separa de la creencia de su maestro: los hombres sí son capaces de cometer el mal voluntariamente.

Las dos afirmaciones socráticas son las siguientes. La *primera*: «cometer injusticia es peor que recibirla» [...] La *segunda*: «es mejor que mi lira esté desafinada y que desentone de mí, e igualmente el coro que yo dirija, y que muchos hombres no estén de acuerdo conmigo y me contradigan, antes de que yo, que no soy más que uno, esté en desacuerdo conmigo mismo y me contradiga»⁸.

Los argumentos detrás de ambas no son, dice Arendt, puramente morales, parten de la experiencia misma del pensar y encierran un fuerte carácter paradójico. El entendimiento de la segunda es requisito para la primera: el pensar nos permite desdoblarnos en un diálogo entre *yo* y *mí mismo*; por el pensamiento soy consciente de que yo mismo soy *dos en uno*. En este diálogo no puedo permitirme estar en desacuerdo conmigo mismo y la razón de ello se relaciona con la primera afirmación: en la soledad, cuando entablamos ese diálogo interno, nos sometemos al examen de lo cometido, nos enfrentamos y juzgamos, ¿cómo podríamos vivir con alguien a quien hemos declarado culpable de un mal?

Pensar, concluye Arendt, «en su sentido no cognitivo y no especializado»⁹ es una facultad siempre presente en todo mundo y la incapacidad para hacerlo es una posibilidad latente. El pensar libera y purifica la facultad de juicio: le muestra el verdadero sentido de los *valores, doctrinas, teorías e incluso convicciones* que la orientan. Por eso, el juicio hace manifiesto al pensamiento en ese mundo de las apariencias que comparto con los demás. El juicio es, pues, una manifestación del pensar que permite distinguir lo bueno de

⁸ ARENDT, H., *De la historia a la acción*, 129-130.

⁹ ARENDT, H., *De la historia a la acción*, 135.

lo malo, lo bello de lo feo; es en este sentido que podemos afirmar y responder a la pregunta que abría esta reflexión: es posible que el pensar nos prevenga de cometer el mal.